

12

SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE BENDICIÓN

DE LA

Iglesia de Nuestra Señora del Roble

DE MONTERREY

PREDICÓ EL ILLMO. SR. DR. Y MAESTRO

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,

Obispo de Linares,

EL DÍA 8 DE SETIEMBRE DE 1884.



MONTERREY.

Impreso en la imprenta de Antonio Sada, calle de Abasolo, núm. 36.

1884

BT660  
.R6  
M6  
c.1

060



B  
.E  
M  
C

005 060



1080027578

# SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE BENDICIÓN

DE LA

## Iglesia de Nuestra Señora del Roble

DE MONTERREY

PREDICÓ EL ILLMO. SR. DR. Y MAESTRO

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN:

EL DÍA 8 DE SETIEMBRE DE 1884.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez  
MONTERREY.

Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

Imprenta de Antonio Sada, calle de Abasolo, núm. 36.

1884

BT660

.RG

M6



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

042210



Faint, illegible text, possibly a library or archival mark.

01333

Aedificavit domum suam super petram.  
Edificó su casa sobre piedra.

MATTH. VII, 24.



UESTRO Señor Jesucristo fundó de tal manera su Iglesia, que, perfecta desde el principio, fuese, no obstante, susceptible de aumento y de mayor perfección hasta la consumación de los siglos. Así lo insinúa el venerable Beda, aunque refiriéndose tan sólo á la virtud de la humildad, cuando nos dice que Nuestro Divino Salvador quiere expresamente que su Iglesia, por mucho que haya aumentado el número de sus hijos, por dilatadas que sean las comarcas que haya reducido bajo su imperio, crezca continuamente más y más hasta el fin del mundo. *Ecclesiam suam, quantalibet numerositate iam dilatatam, tamen usque ad finem mundi humilitate vult crescere.*

Los templos de la Nueva Ley, que no sin razón apellidamos *Iglesias*, son, así en su conjunto como en sus pormenores, viva imagen de la Iglesia de Jesucristo. El sagrado recinto significa la congregación de los fieles; las paredes, las Iglesias particulares; las piedras los fieles individualmente; los cimientos representan á Cristo mismo y á los doce Apóstoles, en especial á Pedro. Es figura el campanario, por una parte de la Sagrada Escritura, verdadera torre de la Iglesia; por otra del Prelado, pastor y predicador, que sobre todos descuella, y debe ser de todos refugio y amparo. La cruz, los candelabros, las ventanas; el coro, el púlpito, las lámparas, todo tiene su mística significación. ¿Qué es el sagrario sino la imagen de la Virgen-Madre, que llevó en su seno al mismo Dios que ahora bajo las especies de pan se encierra en el tabernáculo? ¿Qué es el altar sino el tipo de Cristo Señor nuestro, piedra angular, ungido con el Espíritu Santo?

Si así representan nuestros templos la verdadera Iglesia, ¿qué mucho que también se le asemejen en su historia? De esta suerte, casi no hay un templo en la Cristiandad que se pueda considerar acabado, ó que por lo menos no sea susceptible de ulterior ensanche, adorno y perfección. La soberbia Catedral de Colonia, como to-

005060

dos sabéis, por muchos siglos estuvo sin la elevada torre que se ha terminado hace poco; Florencia construyó hace cinco centurias su espléndida Basílica, con esa cúpula imponderable, que ni el mismo Miguel-Ángel pudo después superar; y hasta hace cuatro años la adornó con mármorea fachada. ¿Qué digo? San Pedro mismo, San Pedro de Roma, no puede decirse ultimado ni con mucho, siendo su primitivo diseño una cruz griega, y no formando su recinto actual más que una cruz latina, de brazos mucho más cortos que los proyectados. Y con todo, están en realidad completos esos templos; el pueblo cristiano celebró con pompa y regocijo su inauguración, y cada año la conmemora con solemnes fiestas, por más que comprenda que nuevos mármoles, y monumentos, y estatuas, les darán mucho realce; que grandes como son, no corresponden todavía á la inmensidad de Aquel cuya casa se llaman; que por mucho que se haga, mucho todavía resta que hacer.

Bien comprendéis, Señores, á donde os conducen mis reminiscencias y observaciones. Acabáis de penetrar en un templo en que no se admiran aún capiteles dorados, ni columnas de bronce ó de jaspe. Sus paredes por fuera no están pulidas, y su fachada, de estilo indefinible y defectuoso, parece al mismo tiempo vieja y no concluida; ennegrecida por los años y apenas iniciada. Por otra parte, las dimensiones exteriores no corresponden al interior, y en vano se busca la cúpula que tanto adorna y engrandece esta clase de edificios. Pero nada falta á las bóvedas que cubren las tres espaciosas naves; y en el vasto recinto, mayor aún que el de nuestra Iglesia Catedral, el ara máxima y los demás altares se destacan majestuosos y elegantes respirando grandeza y novedad. En vista de tales contrastes natural es que os preguntéis: “¿Á qué hemos venido? Á admirar los progresos de un edificio en contrucción, ó á la dedicación de un templo ya terminado? Si lo primero, ¿por qué tanta solemnidad y tanta algazara? Si lo segundo ¿por qué se ha renunciado á dar á la Basílica las dimensiones del primitivo proyecto?”

No me sorprenden vuestras dudas; pero las breves palabras que habéis escuchado de mis labios os habrá sugerido ya la respuesta. El templo está acabado. Fundado á semejanza de la Iglesia de que es figura, sobre sólida roca; construido con bien cuadradas piedras, es ya digno de servir de morada á la Divinidad. A semejanza también de la Iglesia, debe todavía dilatarse más, extenderse más, adornarse más. Ved ahí en el ábside provisional, trazadas por pincel de maestro, la futura cúpula y la cabeza de la cruz, tales como se levantarán un día, si el templo místico de vuestra religiosidad continúa tan firme como hasta aquí. Habéis venido, pues, á celebrar la dedicación de un templo, y de un templo suntuoso; pero también os he invitado á contemplar los trabajos llevados á cabo hasta el día, para que cobréis nuevas fuerzas, y sigáis con tezon contribuyendo á la obra grandiosa, hasta dejarla, en cuanto es posible, ultimada.

Al asistir á la inauguración de la nueva Iglesia que hoy consagramos á la Divinidad (os diré con San Agustín) comprendo que es preciso tributar á Dios Nuestro Señor homenajes de sublime alabanza, y dirigir á vuestra piedad un discurso apropiado á las circunstancias. *Dum novam constructionem sanctae huius Ecclesiae libenter attendimus, quam divino nomini hodie dedicamus, invenimus a nobis deberi et Deo nostro maximam laudem, et sanctitati vestrae congruum de divinae do us aedificatione sermonem.* La edificación de esta divina Casa, fundada como la del Evangelio sobre sólida piedra, será naturalmente el tema de ambos puntos de mi discurso; pero en el primero me referiré principalmente á la construcción material, y en el segundo trataré de preferencia de vuestra edificación espiritual.

¡Virgen santa, venerada con especial culto en esta augusta Basílica! A tu amparo se debe la construcción de este templo santísimo: á tu auxilio deba yo en este día la edificación de mi pueblo, que te saluda con filial ternura.

AVE MARÍA.

**X.**

La Santa Iglesia, en los divinos oficios que nos prescribe para estas solemnidades, nos hace repetir á cada instante una expresiva antífona, compuesta, parte con la sentencia de la Escritura que he tomado por texto, parte con palabras de la misma Iglesia. "Esta es la casa del Señor firmemente construida, bien fundada se halla sobre sólida piedra" cantamos á la hora de maitines, repetimos á la de laudes, y volvemos á entonar á las de prima y de tercia, de sexta y de nona. *Haec est domus Domini firmiter aedificata, benefundata est supra firmam petram*, rezamos en la misa; y en vísperas tornamos á cantarlo más de una vez. No extrañéis, por tanto, que lleno mi corazón de estas palabras, y abundando en su sentido, no sólo me asomen á los labios á cada momento, sino que me sirvan como de pauta y de guía, al hablaros de la Basílica que hoy dedicamos.

No es, en efecto, la casa de un hombre ni la propiedad de una creatura la que acabo de rociar con agua lustral. Aunque algo se parezcan las ceremonias que habéis presenciado esta mañana, y las bendiciones con que el sábado de gloria se santifican las casas de los particulares, ó en todo tiempo se inaugura entre cristianos un nuevo edificio, un puente, una calzada, un ferrocarril, muy diverso es el alcance de las místicas preces, diversas son las intenciones de la Iglesia, mucho muy diversos los efectos ante Dios y el derecho. Purifican las lustraciones eclesiásticas una mansión privada; pero de ninguna manera la arrebatan á su dueño, quien puede enagenarla á su beneplácito, destruirla ó incendiarla si le pluguiere. Ruega la Iglesia, al bendecir un camino, que aparte el Señor de los que por él transitan, todo peligro físico y moral; pero la vía continúa siendo propiedad del municipio, ó de la Nación, ó de los empresarios que la construyeron.

No así cuando bendice un templo. Al derramar el agua santa sobre sus paredes y pavimento, la Iglesia toma posesión del edificio á nombre de Dios Omnipotente, lo constituye propiedad exclusiva del Señor de los ejércitos, y lo sustrae al dominio de cualesquiera potestades terrenas. Libre fué el dueño primitivo del solar para darlo ó no darlo, libres fueron los constructores y contribuyentes para emplear ó no emplear su dinero en obra tan santa; pero una vez hecha la donación al soberano Dueño del universo, ya no es lícito revocarla. El que tal hiciera en todo ó en parte, se expondría á los castigos que sobre Ananías y Zafira, ó sobre el impío Heliodoro, hizo caer el cielo indignado.

No olvidéis, por tanto, que esta es Casa del Señor y no casa vuestra, *haec est domus Domini*. Reverenciadla, cuidadla y protegedla. Es propiedad de Dios; pero Él quiere que vosotros os encarguéis de guardarla: vosotros, para cuyo provecho ha consentido en venir á habitar en templos fabricados por las manos de los hombres. Bajo vuestra salvaguardia la pongo, fieles todos de Monterrey, pero sobre todo de vosotros, ¡padrinos y madrinas de esta augusta ceremonia! Á vosotros, como representantes de lo más selecto de la católica población de estas regiones; á vosotros, cuya influencia no se limita al estrecho círculo de una familia ó de un hogar, á vosotros os hemos convidado, no sólo por gratitud ó cortesía, sino para constituíros guardianes especiales del nuevo templo.

Apenas vuestros hijos ó nietos empiezen á caminar con vacilante paso, ó á balbutir las primeras palabras, conducidlos sin demora á esta Casa de oración y, mostrándoles el augusto tabernáculo, decidles: amad esta mansión sagrada más todavía que á nosotros mismos, porque es la Casa del Señor; *haec est domus Domini*.

Quando de tierras más ó menos lejanas, vengán viajeros á visitaros y visitar vuestra ciudad, no dejéis de conducirlos á este grandioso edificio; y haciéndoles admirar sus gigantescas bóvedas de bien cimentadas piedras, decidles: esta es la casa que la religiosidad de nues-

tros conciudadanos, en los tiempos al parecer menos propicios, edificó al Señor nuestro Dios: *haec est domus Domini.*

Si, lo que Dios no quiera, manos codiciosas ó impías pretendieren destinar á usos profanos el sagrado edificio, formad con vuestros cuerpos, frente á la entrada, impasable barrera, y detened al osado que intentare avanzar, clamando valerosos con voz de trueno: ¡atrás, desdichados! Esta es la Casa del Señor, y del Señor tan sólo. ¡Ay del que avance á profanarla! *Haec est domus Domini.*

¡Oh, qué consuelo para los pobres mortales el poseer en medio de nosotros la Casa del Señor! ¡Qué alivio para el desdichado, sin hogar ni techo, el poder penetrar en la sagrada mansión del que es su padre y su Dios, y allí derramar sus lágrimas y plegarias, sin temor de que manos orgullosas lo arrojen del sagrado recinto! ¡Qué dulce placer para un creyente el poder entretenerse largas horas en dulces coloquios con Jesús sacramentado, presente día y noche bajo las especies eucarísticas!

¡Y qué motivo de legítimo orgullo para los habitantes todos de esta ciudad y diócesi, el ver que la morada que se ha levantado al Omnipotente no es yo una choza insignificante, ni una capilla ú oratorio de raquíticas dimensiones, sino una Basílica, una verdadera Basílica, aun sin la porción considerable que todavía no se termina, y que oculta el ábside provisorio que tenéis á la vista!

Habrán llegado á vuestros oídos los reproches que á menudo nos dirigen extranjeros malévolos ó compatriotas ignorantes. “Nada sabe hacer, nos dicen, esta generación. Sirve, sí, para derribar Iglesias ó venderlas á bajo precio á enemigos del culto y de la patria. Pero ¿qué edificios dignos de tal nombre, sagrados ó profanos, ha construido?”

Cuando tal os echen en cara, traedlos á la Basílica del Roble; mostradles esos profundos cimientos, esos gruesos muros de sólida cantería, esas elevadas bóvedas de piedra tan ligera como fuerte, que de propósito he mandado que quede descubierta, para hacer patente la soli-

dez del edificio; mostrádselo todo y decidles: ¿Nada hace la generación presente? Ved ahí una prueba de que, con menos elementos que las que le precedieron, en circunstancias totalmente adversas, ha llevado á cabo una obra digna de la fe antigua, ha construido un templo firmemente edificado que durará largos años, y del cual no se avergonzará ninguna generación, ninguna raza, ninguna nación. *Haec est domus Domini firmiter aedificata.*

Hace treinta años que mi venerable Predecesor puso la primera piedra del edificio que hoy dedicamos al culto del Señor. Grandioso fué el proyecto desde el principio, y después se reformó bajo un plan todavía más vasto, como vosotros, Señores, sabéis mejor que yo. ¡Cuántos obstáculos no se opusieron á la realización de la empresa, apenas se habían abierto los cimientos! ¡Qué tiempos tan aciagos sobrevinieron, que obligaron á suspender los trabajos, y habrían desanimado á cualquiera menos constante y esforzado que vuestros padres y vosotros! Pero, pasada apenas la tempestad, se continuó la obra sin variar en lo esencial el plan primitivo, á pesar de las muchas razones que sugerían que se abandonasen proyectos irrealizables por grandes, y se resolviese la construcción de un oratorio humilde. Gracias al cielo nada quebrantó la constancia de directores ni contribuyentes, y hoy podemos exclamar llenos de regocijo: *haec est domus Domini firmiter aedificata.*

Hace seis años, que visitando accidentalmente esta ciudad, de que aún no era yo Prelado, tuve la satisfacción de predicar en honor de Nuestra Señora del Roble, en este mismo recinto en que ahora os dirijo la palabra. Sus paredes ya se elevaban majestuosas; pero no nos cubría más bóveda que la del azulado firmamento. Año y medio después, al tomar posesión de esta sede á que acababa de nombrarme el reinante Pontífice, en este templo del Roble me dirijisteis las primeras felicitaciones, y recibí vuestros primeros homenajes. Empezaba ya entonces á tenderse el techo; y desde ese día vuestras limosnas, socorros inesperados de piadosos bienhechores, y más que todo, la protección no desmentida de la Vir-